



**Por Julio
Pilotzi**

juliopilotzi@gmail.com
@juliopilotzi

Hay textos que buscan inspirar. Otros buscan convencer. Y luego están aquellos que, sin proponérselo, terminan siendo piezas de humor involuntario. El reciente artículo de Napoleón Gómez Urrutia pertenece a esta tercera categoría.

En su escrito, el heredero del sindicato minero de México rinde un cálido homenaje a Leo W. Gerard, a quien describe como un dirigente cercano, congruente, profundamente comprometido con la clase trabajadora. Un hombre, nos dice, que entendía el sindicalismo como una práctica viva de dignidad y lealtad, alguien

Reporte Empresarial

El espejo incómodo de Napoleón Gómez Urrutia



que no se alejaba de las bases y que ejercía el liderazgo desde la experiencia compartida.

Es decir, todo lo que el propio Gómez Urrutia no es.

El también diputado morenista con licencia describe su modelo ideal de dirigente sindical de un modo que parece estar redactando un perfil aspiracional. Una especie de "cómo me hubiera gustado que me vieran", con toques de épica obrera y nostalgia internacional. El problema, parece ser que Gerard, al

contrario que Napoleón, sí habría puesto en práctica esos valores.

El texto insiste en la cercanía con los trabajadores, en la importancia de conocer sus necesidades "de primera mano", en no ser un líder distante. En ese punto es difícil no sentirse confundido, porque la realidad entra de golpe, sin tocar la puerta, porque la biografía pública de Gómez Urrutia es casi el contrarrelato de su artículo. El autor no se asemeja a la descripción que hace de Gerard, más bien la descompone.

El diputado con licencia habla de solidaridad, de momentos difíciles, de persecuciones y exilios forzados, de alianzas estratégicas con sindicatos internacionales. Todo, claro está, envuelto en una narrativa de lucha justiciera. Pero inevitablemente se asoma la verdadera historia, la del sindicalista mexicano cuya vida de lujos y derroche se desarrolla en una dimensión muy distante a la que habitan los trabajadores mineros a los que dice representar.

No es un detalle menor. Es, de hecho, el centro del problema. Porque cuando Napoleón Gómez Urrutia afirma que "el liderazgo no debe sostenerse en el discurso sino en la congruencia", la frase, escrita por él, se queda hueca por la falta absoluta de evidencia.